

CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA

LXIV ASAMBLEA PLENARIA ORDINARIA

(Santafé de Bogotá, D.C., 7 al 12 de julio de 1997)

MENSAJE FINAL POR LA SALUD MORAL DE LOS COLOMBIANOS

INTRODUCCIÓN

Los Obispos de Colombia, reunidos en Asamblea Plenaria Ordinaria, nos hemos situado, *“con ojos y corazón de pastores”*, frente a nuestras comunidades. La expresión que dirigía San Agustín a su propia comunidad diocesana, ha inspirado nuestra Asamblea: *“Con ustedes soy cristiano, para ustedes soy obispo”*. La situación de nuestro país *“moralmente enfermo”*, interroga nuestra conciencia de pastores. Por eso propusimos como tema de nuestra LXIV Asamblea *“Fe cristiana y coherencia moral. La responsabilidad del Obispo en la situación actual del país”*.

Examinamos nuestras vidas y la vida de nuestras comunidades a la luz de los Diez Mandamientos de la Ley de Dios y el espíritu de las Bienaventuranzas. Con actitud de esperanza y con la certeza de la presencia del Señor, volvimos a mirar las luces y sombras, las nuestras y las de aquellas personas que el Señor ha encomendado a nuestro trabajo episcopal. En la oración, la reflexión y el esfuerzo fraterno, tratamos de discernir cuáles han de ser las acciones que respondan a las situaciones que viven los colombianos, particularmente los miembros de la Iglesia Católica. Queremos compartir con ustedes algunas de nuestras reflexiones y propósitos con el ánimo de avivar la esperanza, el sentido humano y el compromiso cristiano de cuantos buscamos la renovación de nuestra Patria.

1. ANUNCIAR A JESUCRISTO

Ante las muchas limitaciones que encontramos en la vida de fe de un gran número de bautizados, tenemos presente que es necesario revisar lo que es fundamental para los pastores: presentar la persona de Jesucristo de tal manera que El sea conocido, amado, aceptado por cada uno de los colombianos. *“No hay otro por el que podamos salvarnos”* (Hch 4,12). El propósito indispensable para devolver la salud moral al país es una evangelización renovada en una nueva mirada a la persona y enseñanzas del Señor, así como a la acción de su Espíritu en nosotros.

Para nosotros es de gran importancia acoger la persona de cada uno de los evangelizadores: obispos, sacerdotes, diáconos, seminaristas, religiosos y fieles laicos. Seguimos preocupados por una adecuada formación inicial y permanente de cada uno de ellos. Buscamos acercarnos con un adecuado acompañamiento de tal manera que ninguno se sienta aislado en su acción evangelizadora. Procuramos ayudarlos para que sea la oración, el conocimiento de la Sagrada Biblia, el análisis cristiano de la realidad, lo que alimente sus labores en bien de la comunidad.

Continuaremos revisando nuestros métodos evangelizadores. Sentimos que nuestro lenguaje, el de nuestras palabras y signos, debe hacerse más comprensible para que se pueda descubrir que Jesucristo vive y actúa hoy, hace historia con cada uno de nosotros ahora. Trataremos de llegar a aquellos ambientes en los cuales están hoy nuestras comunidades, para que la Buena Noticia de la salvación resuene en las complejas situaciones de las grandes ciudades y en lugares más apartados de nuestra geografía; en el campo de la recreación y el deporte, en el ámbito del arte, en el mundo de la economía y la política.

Sentimos que han de sonar muy fuertes en nuestras conciencias las palabras del apóstol: *“Ay de mí si no anuncio el Evangelio”* (1 Co 9,16).

2. RENOVARNOS DESDE DENTRO

Son muchas las ambigüedades y equivocaciones que vemos en el actuar ético y moral de nuestras comunidades. Es indispensable que emprendamos un esfuerzo muy serio por la educación de la conciencia del pueblo colombiano.

Aun si pueden existir muchos que viven en la indiferencia, la ignorancia religiosa o el rechazo total de Dios, trataremos de ayudarles para que vuelvan a tener el espacio y la paciencia para escuchar, en sí mismos, aquella voz interior que les hace entender que para ser felices es indispensable hacer el bien y evitar el mal. Si desconocemos la voz íntima de la conciencia, si se la silenciamos y matamos por el desorden ético de la vida, nos convertimos en seres insensibles, carentes de las más mínimas condiciones para la convivencia social.

A cada uno de nuestros hermanos bautizados queremos recordarles que la autenticidad de su vida no se mide por el cúmulo de conocimientos que puedan tener sobre la persona de Jesucristo. Seremos perfectamente cristianos cuando podamos decir como el apóstol, *“No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí”* (Gal 2, 19-20). Es como decir, *“mi encuentro con Jesucristo ha sido tan personal y profundo, que ya voy logrando pensar y actuar con los mismos criterios suyos”*.

Consideramos que hemos de repetir frecuentemente un ejercicio personal y comunitario: interrogarnos sobre la validez de nuestros comportamientos y logros, comparándolos con los principios del Evangelio de Jesucristo. Esta confrontación nos lleva a una sincera y continua conversión. Una y otra vez trataremos de escuchar la advertencia que nos hace San Pablo: “*No se adapten a los criterios de este mundo*” (Rm 12,29).

3. DEFENDER Y PROMOVER LA VIDA HUMANA

Nos duelen todos los atentados contra la vida: los producidos por la terrible violencia que azota al país, los que desconocen el valor de la vida humana que comienza o que, gastada por los años y la enfermedad, es una vida inviolable. También nos preocupa profundamente la calidad de vida que viven tantos colombianos víctimas de la inhumana pobreza, los desplazamientos masivos de los campesinos hacia las poblaciones y ciudades provocados por los actores del conflicto armado. Nos inquieta el futuro de las personas y de las familias colombianas que será el resultado de la educación sexual carente de valores como algunos la vienen impulsando desde el sector oficial.

Con sentimientos profundamente humanos, seguimos proclamando que la vida humana es un valor fundamental y absoluto que se ha entregado a cada uno de nosotros como una gran riqueza de la cual somos solamente administradores y no dueños. Rechazamos toda forma de violencia, de delincuencia que atente contra la persona, su dignidad, sus bienes y su vida. Seguiremos gritando un **NO** claro e indiscutible al aborto y la eutanasia. Apoyamos decididamente las iniciativas que como el “*Encuentro verde por la vida*” o el congreso nacional “*La vida humana a las puertas del tercer milenio*”, son ocasión extraordinaria para una movilización general hacia la defensa y promoción de la vida humana. Continuamos estimulando una promoción de familias con valores cívicos, sociales y cristianos que permitan asegurar generaciones futuras equilibradas y felices. Consideramos que es tarea prioritaria nuestra una educación en valores que permita vivir la sexualidad en el amor y la verdad sobre el ser humano.

Sencillamente se trata de acoger a Jesucristo, Buen Pastor, que quiere llegar a cada uno de los colombianos “*para que tengan vida abundante*” (Jn 10,10)

4. TRABAJAR POR LA VERDAD Y LA JUSTICIA

Nuestra patria aparece, bajo muchos aspectos, como un país donde reinan la mentira, la injusticia y la corrupción. Tal situación puede originar sentimientos de pesimismo y desconfianza que en nada ayudan para restaurar el país.

La Doctrina Social de la Iglesia es el instrumento con el cual queremos iluminar, desde los principios cristianos, la realidad social, económica, política y cultural de nuestras comunidades. Por eso proclamamos la dignidad de cada mujer y hombre colombianos, la necesaria solidaridad para superar las terribles distancias entre ricos y pobres, la urgencia del apoyo estatal para las familias y las asociaciones menores que van constituyendo quienes buscan unirse para ayudarse.

La proclamación y defensa de los derechos humanos es exigencia de nuestra condición de miembros de la familia humana y de hijos de Dios. Apoyamos a quienes, aún con gravísimos riesgos, siguen firmes en su tarea de defender los derechos de los pobres, marginados y desplazados. Estimulamos la búsqueda de sinceridad y honestidad en el ejercicio del poder. Esperamos que quienes ofrezcan sus nombres como candidatos para las próximas jornadas electorales tengan como preocupación básica la promoción de la justicia social y el trabajo por el bien común y la transparencia en el manejo de los dineros públicos.

Continuamos escuchando la Palabra de Dios que por boca del apóstol nos dice: *“aborrezcan lo malo y pónganse de parte de lo bueno. Apréciense unos a otros como hermanos... A nadie devuelvan mal por mal.... No se dejen vencer por el mal, venzan el mal con la fuerza del bien”* (Rm 12,9-10.17.21).

5. LUCCHAR POR LA PAZ

En esta semana de nuestra Asamblea hemos escuchado el clamor del pueblo colombiano y hemos sentido el imperativo de convocar a la nación toda para que frente a la grave situación actual de violencia y de muerte asumamos el compromiso de brindar nuestro aporte a la construcción de una Colombia en paz.

Proclamamos con firmeza y sin vacilación que la paz no se logra por caminos de guerra. Queremos gritarle a la Patria que es valioso una tregua para el diálogo y para facilitar la prosecución de una verdadera acción de acercamiento hacia una urgentísima solución negociada del conflicto armado. Consideramos que es deber nuestro continuar ofreciendo el servicio de mediación para superar la actual coyuntura violenta en orden a la configuración de un proceso de paz estable y duradero.

Invitamos a todos los colombianos para que nos unamos en torno a diversas iniciativas que buscan comprometer a toda la sociedad civil con actividades como la Semana por la Paz, el Viacrucis Nacional por la vida, la justicia y la paz y los

diversos foros por la paz. De esa manera podemos los colombianos hacer sentir que queremos ser “*instrumentos de paz*”.

Juzgamos de la mayor importancia la iniciativa de la Comisión de Conciliación Nacional que convoca a un gran debate para la estructuración de una Política Nacional Permanente de Paz.

Nos comprometemos a estar presentes con quienes conformamos la comunidad de seguidores del Señor Jesucristo para legitimar, animar y estimular la búsqueda de la paz por medios no violentos. Trabajaremos por una cultura de la paz que se exprese y manifieste en el reconocimiento de los derechos humanos y en la vigencia de valores tales como la vida, la verdad, la libertad, la justicia social, la solidaridad, el diálogo, la participación, la tolerancia y la reconciliación.

Ante todo queremos convocar a una gran cruzada de oración por la paz porque reconocemos que sólo Jesús nos puede conceder “*La paz que el mundo no puede dar*” (Jn 14, 27). Procuraremos estimular el Rosario por la paz en familia para que María, la Reina de la Paz, nos lleve a la reconciliación.

CONCLUSIÓN

Para nosotros pastores la LXIV Asamblea Plenaria ha sido un momento extraordinario de gracia. Hemos experimentado cómo es de benéfica una revisión serena de nuestra vida en la fe y la esperanza. Como el año pasado, también en éste el Señor nos ha visitado con la muerte de uno de nuestros hermanos obispos, Monseñor Alfonso Sánchez Peña, Obispo Prelado Emérito del Alto Sinú y San Jorge. Nuestra Asamblea concluye con el funeral de este amado Prelado.

Invitamos a cada uno de los colombianos y a los diversos grupos de personas del gobierno, empresarios, militares, comunicadores sociales, obreros, industriales y campesinos, hombres y mujeres, sacerdotes, religiosos, laicos y a los alzados en armas, para que, iluminados por la Palabra de Dios y de cara a la realidad del país, procedan a una revisión de sus propias vidas. El paso de los años y la cercanía del año 2000 nos hace entender, de manera muy directa, que nuestra existencia es como una “*frágil tienda de campaña*”, que se gasta con el correr del tiempo, pero que no está destinada a un fracaso definitivo sino a lograr la plenitud, la felicidad y la gloria (cf. 2 Co 5,1-2).

Unidos en la oración pedimos al Señor, por la intercesión de Nuestra Señora de Chiquinquirá, nos conceda a todos los colombianos fortaleza y constancia para avanzar con fe y con esperanza en la construcción del Bien Común.

Reciban todos el saludo y la bendición de sus hermanos los obispos de Colombia.

(Fdo.) + Alberto Giraldo Jaramillo
Arzobispo de Medellín
Presidente de la Conferencia Episcopal

(Fdo.) + Juan Francisco Sarasti Jaramillo
Arzobispo de Ibagué
Vicepresidente de la Conferencia Episcopal

(Fdo.) + Luis Gabriel Romero Franco
Obispo de Facatativá
Secretario General del Episcopado

Siguen todas las firmas de los miembros de la Conferencia Episcopal de Colombia.

Santafé de Bogotá, D.C., 12 de julio de 1997